

URBANIZACIÓN Y CIUDADANÍA EN LA SOCIEDAD GLOBAL¹

Isabel Ramírez. Universidad de Sevilla

Plantear los problemas de habitar y organizar el espacio en una sociedad global, supone partir de la aceptación de que vivimos tiempos de profundas transformaciones, de incertidumbre e incluso de caos. Los cambios que están teniendo lugar en nuestras sociedades desde hace algunos años, que afectan a todas las manifestaciones culturales y al mundo de la vida, están modificando radicalmente el alcance del conocimiento, el universo de las relaciones interpersonales y el concepto de ciudadanía. Somos testigos de la aparición de sociedades cada vez más plurales que exigen nuevas alternativas de convivencia para paliar una mayor conflictividad social, de economías y políticas cada vez más interdependientes que posiblemente buscan una mayor eficacia pero que tienen ante sí el reto de construir un mayor igualitarismo.

Precisamente la evidencia de estos cambios provocó en las últimas décadas del siglo XX una serie de debates en torno a la crisis de los principios axiales del ideal Moderno, que se veía sobrepasado, cuestionado. Ya conocemos las distintas posiciones que mantuvieron en este duelo autores como Habermas y Touraine, Lyotard, Derrida y Foucault, Vattimo, Jameson, Toffler o Bell, que centraron sus diatribas, y estoy simplificando mucho, en torno a la cuestión de si la Modernidad estaba definitivamente agotada, y en ese caso cuáles serían los nuevos parámetros de nuestra cultura, o si aquella aún podía ser fuente de inspiración para vertebrar nuestra sociedad.

De ahí que aparecieran calificativos como postmoderno, neomoderno, postindustrial o postsocial, para hacer referencia a la conciencia finisecular de que nuestro tiempo era otro, a la convicción de que una época había concluido para dar lugar a otra que abordamos desde la indeterminación y la incertidumbre. El horizonte se presentaba como problemático porque había que descubrir sobre qué ejes se estaban articulando esos cambios.

¹ Este texto, sobre el que trabajó Isabel desde 2007 hasta principios de agosto de 2010, fue elaborado en el marco de un proyecto de cooperación universitaria entre la Universidad de Sevilla y la Universidad Católica de Santiago de Chile, financiado por la AECEI, y está incluido en un libro colectivo que se editará próximamente. El tema del proyecto es *Racionalidad política, diálogo social y virtudes públicas*. Aunque lo consideraba ya prácticamente terminado, a Isabel le hubiera gustado realizar una última revisión del texto, para introducir algunas precisiones. No obstante, dada la calidad de su escrito, hemos optado por publicarlo sin modificaciones (La revisión del texto es de Jesús de Garay).

Y posiblemente uno de los ámbitos privilegiados para experimentar esa perplejidad que provocan los nuevos tiempos y visualizar de alguna manera la transformación de las sociedades y los modos de relación, sea precisamente el de la construcción del espacio habitado. La arquitectura, ya lo decía Ruskin, es la más política de las artes puesto que responde de algún modo (fundamentalmente desde la Modernidad) a los hábitos y necesidades de sus habitantes, así como a los ideales que sustentan un determinado estado de la cultura, del mismo modo que el urbanismo responde a una determinada visión de las estructuras sociales, creando un entramado donde se presentan e intentan resolver las tensiones que se plantearán necesariamente entre los diferentes agentes sociales, y sobre el que se irá dibujando un retrato (aunque sea robot) del concepto y de la imagen del mundo que caracterizan a una determinada comunidad en unas coordenadas espaciotemporales concretas.

Decía que esto sucede fundamentalmente en la Modernidad porque ésta se objetivó social, política y culturalmente en la ciudad. El desarrollo de la ciudad moderna, provocado por la Revolución Industrial, marcó el comienzo del urbanismo como proyecto de creación de sociedades adaptadas a las exigencias de los nuevos ideales, defendidos éstos con un entusiasmo y una pasión que posiblemente nunca antes se habían experimentado.

En este sentido el urbanismo, la ciudad como tejido donde toman cuerpo las ideas que sustentan la conciencia histórica, se convierte en un territorio idóneo para analizar los motivos de la crisis de la Modernidad, a la que se ha hallado tan vinculado, para entender los entresijos que sustentan actualmente nuestro modo de habitar. Partiendo del análisis de la ciudad moderna, que ha sido puesta en tela de juicio, tal vez podamos abordar y entender el fenómeno urbanístico contemporáneo, aunque siempre, paradójicamente, desde la conciencia de su singularidad.

Cada día contemplamos cómo los modos de vinculación social, la configuración de las comunidades, los entornos de trabajo, las estructuras económicas, nuestros relatos, están cambiando. Esto supone que para construir un lugar donde habitar y convertirlo en hogar para el ciudadano contemporáneo, tendremos, necesariamente, que reinventarnos en el sentido de establecer nuevas fórmulas económicas, de desarrollar tecnologías más eficaces, de promover formas de organización política diferentes, nuevas estrategias de comunicación y de socialización, un nuevo entorno simbólico y, desde luego, unos parámetros estéticos capaces de entablar un diálogo con otros modos de experimentación.

Habitar es mucho más que resolver un problema de defensa física frente al medio ya que define el modo en que los seres humanos se apropian de sí mismos y de su entorno. Habitar es un acto de conciencia y el urbanismo una metáfora de la cultura. Por eso resulta tan interesante como fenómeno cultural a analizar, porque a través del hecho urbanístico podemos rastrear los factores que conforman el edificio social para ver cómo se articulan y modifican.

Urbanismo, de utopía a problema.

Los primeros esbozos de lo que podríamos considerar como urbanismo moderno, tienen lugar en los albores de la revolución industrial. Esta provocó un cambio radical en los modos de apropiación del espacio, que tiene su origen en una migración descontrolada de los habitantes del campo a las ciudades, a la búsqueda de ese mundo mejor prometido por la industria. Los resultados fueron campos desiertos y ciudades superpobladas que hubieron de crecer rápidamente, lo que provocó que también lo hicieran caóticamente.

El hacinamiento, la falta de higiene de los emergentes barrios de la pobreza y la marginación, cambiaron el rostro de las ciudades, ahora saturadas, y disolvieron los criterios que la sustentaban, aquellos que le habían permitido crecer orgánicamente en el pasado.

Por otro lado, también el espacio ciudadano cambiaba de la mano de la burguesía en ascenso, interesada no sólo en “protegerse” de la emergente clase obrera, sino también en aprovechar esta nueva situación en su propio beneficio. Los intereses del capital, la transformación del espacio ciudadano en espacio mercantil, hicieron que proliferaran los trazados dibujados a regla para aprovechar al máximo el terreno que comenzaba a encarecerse y del que se pretendía sacar la máxima rentabilidad.

Todo esto no hizo más que aumentar el malestar de la ciudad, cada vez más segregada, más sin carácter y profundamente enferma. Como señala Ragon, “el urbanismo ha sido una reacción contra las enfermedades de las ciudades”², y ese urbanismo fue iniciado sobre todo por políticos e ideólogos, conscientes de que las profundas transformaciones que había provocado el inicio de la era industrial, exigía un nuevo concepto de ciudad adaptado a un nuevo concepto de hombre y de sociedad.

La necesidad de dar una respuesta racional, ordenadora, que paliara en lo posible el desastre, suscitó la aparición de diferentes propuestas de ciudades modernas. Aparecen las utopías de los socialistas franceses y anglosajones como Fourier, Saint-Simon, Cabet, George y Owen, las ciudades ideales de Morris, Richardson y Ruskin, que inspiraron algunas obras de literatos utopistas como es el caso de Verne o Wells, que tendrán una continuidad tanto en los proyectos de muchos arquitectos y urbanistas³ del siglo XX como en los relatos de ficción contemporáneos.

Todas estos constructos, ya presentaran una ciudad de carácter maquinista, regida por los avances de la tecnología y la ciencia, ya fuera una ciudad más humanista, regida más por la necesidad de crear comunidades a la medida

2 Ragon, Michel: Historia mundial de la arquitectura y el urbanismo moderno, Destino, Barcelona, 1979, p. 22.

3 Es el caso por ejemplo de la *Ville radieuse* de Le Corbusier, inspirada en el falansterio de Fourier.

humana que por la lógica de la producción, preconizaban la necesidad de romper con la ciudad tradicional, incapaz de resolver los problemas de una sociedad nueva, a la que correspondería necesariamente una nueva ciudad.

Por todo esto decía anteriormente, que la ciudad moderna es el tomar cuerpo y visibilidad, la objetivación de los ideales que sustentaban el proyecto de la Modernidad, que propugna la equivalencia entre racionalización y humanización del espacio.

El urbanismo moderno por lo tanto aparece y se convierte en problema cuando se plantea la cuestión de las posibilidades técnicas, políticas, sociales, etc., de dar respuesta a la necesidad de habitar del hombre del momento. Por eso todos esos diseños urbanos que van apareciendo en la era de la Modernidad, pretenden ofertar una propuesta de solución de los problemas concretos de cada época, partiendo de un ideal de hombre, de sociedad y de naturaleza. La idea era la de plantear un modelo de hábitat que pudiera llevar a la realidad una nueva cosmovisión, surgida de la confianza creciente en las fuerzas de la industrialización y la racionalización.

Por lo tanto lo que pretendía el urbanismo moderno era construir un modelo a partir de los principios de la Modernidad, que eran los de la racionalidad moderna: los principios del conocimiento y de la eficacia, que es lo mismo que decir los principios de la ciencia y la técnica. Y precisamente por ello se espera que dicho modelo de ciudad pueda aspirar a tener validez universal.

De hecho muchos de los desarrollos de la arquitectura y el urbanismo del siglo XX, además de inspirarse en algunos de los modelos de ciudad decimonónicos, tomaron como punto de partida esta premisa.

Por ejemplo el planteamiento de Gropius, que impregnará toda la ideología y el trabajo de la Bauhaus, propone una arquitectura racional perfectamente adaptada a las costumbres, al trabajo y a la vida del hombre (ideal) contemporáneo. Su idea de la construcción como obra de arte total, fruto del hermanamiento entre arte y tecnología, y la de un diseño de calidad que pueda producirse industrialmente, catalizan una de las grandes utopías de la civilización industrial: la de que es posible instaurar un modelo estandarizado basado en principios racionales, la de que es factible hacer una arquitectura y un diseño funcionales exportables por lo tanto a cualquier lugar del mundo.

El impacto de esta arquitectura racional y del estilo internacional en todo el mundo, sobre todo en la primera mitad del siglo XX, lo conocemos todos. Bajo su influjo se construyeron gran parte de los edificios que configuran el *skyline* de Chicago, la ciudad de Chandigarh en la India (Le Corbusier), o edificios tan significativos como el edificio Seagram de Nueva York (Mies van de Rohe) o el de la General Motors de Detroit (Kahn). De Japón a Brasil, de México a Moscú, de Alemania a Argentina, se dejó sentir la impronta de estas propuestas.

En efecto este modelo de construcción y de ordenamiento urbano se exportó incluso a espacios y comunidades donde no se había vivido la revolución industrial, de forma que pasó a ser una propuesta homogeneizadora, independizada de la problemática social y del entorno de ideas que la originó. En

ese sentido se podría decir que durante décadas hubo una verdadera colonización cultural a través de la exportación indiscriminada de determinados modelos de construcción, que no siempre resultaron eficaces por su alto grado de abstracción en relación tanto al entorno medioambiental como al cultural.

E incluso cuando se traspasan los límites estrictos de esta arquitectura racionalista, se mantiene sin embargo la idea de que es necesario crear espacios adecuados a una determinada concepción del espacio y en función de un concepto ideal de ciudad. Por ejemplo, la construcción de Brasilia en los años 50 como la nueva capital administrativa de Brasil, gracias al trabajo de urbanistas como Lucio Costa y al diseño arquitectónico de Niemeyer, se hizo según los principios de la llamada Carta de Atenas de 1933, donde quedaron consensuados y consagrados los principios urbanísticos y de construcción que pretendían tener validez universal. Esta ciudad fantástica que surgió de la nada, se ideó como una versión radical y perfectamente adecuada a la imagen de esa ciudad del futuro perfectamente adaptada a su función, que había surgido años antes en aquella Carta que resumía las conclusiones del IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM).

Este texto, que fue redactado por Le Corbusier, se convirtió en un texto de obligada referencia, en un manual para una generación de arquitectos y urbanistas que, en muchos casos, aplicaron de forma automática los conceptos y propuestas que allí se planteaban, sin someterlos a ningún tipo de crítica o adaptación. Esto hizo que las soluciones no fueran siempre las más idóneas.

Pero, en el fondo, este texto conjugaba todos los elementos que componían un concepto moderno del habitar y la idea de la necesidad de construir un espacio racional, adaptado a las condiciones de las sociedades postindustriales. Sólo había que construir, a partir de estos principios, las ciudades ideales.

Así quedaron fijadas las cuatro funciones clave del urbanismo: habitar, trabajar, recrearse y circular. Para cada una de ellas se delimitaron espacios bien diferenciados, perfectamente adaptados a su finalidad, para responder a las exigencias de la vida moderna creando unos servicios que aseguraran una alta calidad de vida.

Todo esto, evidentemente, ponía en tela de juicio el carácter y la configuración de la ciudad tradicional, mucho menos eficiente, más desordenada, más densa, peculiaridades estas que impedían una adecuada calidad funcional. A pesar de ello, las propuestas de la Carta no suponían un desprecio absoluto de la ciudad histórica, aunque propugnara la necesidad de una nueva forma de habitar adecuada a los nuevos tiempos. De hecho fue el primer documento internacional que recogió los principios y las normas generales sobre la conservación y restauración del patrimonio histórico.

El problema de este proyecto a gran escala, pensado para cambiar los esquemas habitacionales de la comunidad internacional, es que en aras de la higiene, la adaptación a las supuestas necesidades de los habitantes de la nueva cultura, rompió con el tejido ciudadano tradicional sin ofrecer una alternativa no ya de construcción y organización sino de socialización.

Se pensó más en el habitante que en el vecino, en las vías de circulación más que en las de comunicación, en zonas de ocio más que en otras que invitaran al encuentro. De hecho en nuestras ciudades existen lugares vacíos, fríos, de puro tránsito, “agujeros negros” donde no juega ningún niño, donde nadie se para a charlar o tomar el sol.

El punto que tal vez se olvidó es que la cohesión social no surge de la nada sino que la crean los propios agentes sociales, de manera que la sistematización de las condiciones que permiten la agrupación de los ciudadanos, no asegura la vinculación, la colaboración, el asociacionismo o la mutua ayuda. En este sentido la funcionalidad no asegura las virtudes sociales, aunque se objetiven las condiciones materiales que, en principio, pueden facilitarlas.

Proyectos del propio Le Corbusier como el plan Voisin o *L'Unité d'habitation* de Marsella, perfectamente diseñadas para cumplir las cuatro funciones antes señaladas, imponían un esquema racional, la de la casa como *machine à habiter*, un orden funcionalista y mecanicista que respondía perfectamente a los esquemas de la industria y la técnica. El problema es que, como señalaba Francastel, “en el mundo soñado por Le Corbusier la alegría y la limpieza serán obligatorias”⁴.

Es esta obligatoriedad la que en último término frustra el proyecto de la arquitectura y urbanismo modernos. Como en el primer artículo de la Constitución Española de 1814, donde se dice que los españoles serán benéficos, felices, la Modernidad piensa la felicidad como la consecuencia necesaria de lo que son sólo sus condiciones de posibilidad.

Del mismo modo en arquitectura se pretendía establecer una correlación entre las soluciones teóricas y técnicas de la construcción y la habitabilidad de lo construido. El problema es que no se tuvo en cuenta a los agentes sociales, y de hecho esta correlación acabó siendo una disociación.

En último término lo que se pone en cuestión es la equivalencia entre racionalización y humanización, que fue uno de los pilares del pensamiento moderno y que el fenómeno urbanístico se apropió como uno de sus ejes fundamentales. En este sentido, como ya apuntamos, la crisis de los presupuestos de la Modernidad, inciden necesariamente en el ámbito de la construcción del hábitat.

La destrucción a partir de los años 60 de algunos espacios diseñados desde aquellas premisas por ser considerados como inhabitables, supone la percepción del fenómeno urbanístico en las sociedades industriales como un lugar de enajenación y deshumanización, y esto nos lleva a pensar que los ámbitos de racionalización de la modernidad no fueron siempre capaces de responder a las demandas y necesidades del habitante real.

El espacio moderno se construyó como un espacio tecnocratizado, lo que hace que surja la tensión entre las decisiones de los expertos y la opinión de los

4 Francastel, Pierre: *Art et technique aux XIX et XX siècles*, Gallimard, Paris, 1956. p.34.

ciudadanos que necesitan intervenir también en la construcción del espacio. Es evidente que en las sociedades postindustriales el proyecto urbanístico se proyecta y se impone “desde arriba”, pero también es cierto que los ciudadanos ejercen la crítica porque la urbanización y estetización del espacio también es una demanda desde abajo puesto que ellos son los usuarios. De hecho cualquier intervención urbanística en nuestras ciudades suscita polémica, voces a favor o en contra que se escuchan en la calle y a través de los medios de comunicación.

Este ha sido, efectivamente uno de los ámbitos fundamentales de la crisis de la democracia, la pérdida de protagonismo real del ciudadano en las decisiones más allá de su participación en las urnas, que tiene un caso paradigmático en la enajenación del espacio respecto de la participación.

La experiencia de las últimas décadas ha sido la de la ineficacia de ciertos proyectos utópicos de construcción del espacio y de organización social, la de la agonía de un determinado concepto moderno de ciudad por alejarse en exceso de las necesidades relacionales y estéticas del habitante y la de la inconveniencia de ciertas normativas estatales y de ciertos diseños urbanísticos que han dejado tras de ellos espacios difíciles de ocupar.

El urbanismo de los nuevos tiempos. Habitar en la Era de la Información

Frente al deseo moderno de crear un espacio ciudadano integrado, que respondiera a una concepción racional del mundo, aparece una nueva forma de ciudad que parte de la fragmentación, de la renuncia a plantear ningún esquema que nos sirva para vertebrar el espacio. La constatación de la imposibilidad de organizar el espacio citadino, dada la complejidad de su morfología y la inexistencia de un programa al que apelar, ha llevado a la sustitución de la ciudad moderna por la ciudad postmoderna. No es posible una articulación porque no hay un concepto de mundo, sino que coexisten una multiplicidad de ellos entre los que no es posible establecer ninguna priorización porque no hay tampoco un orden de valores común.

Según señala Fredric Jameson, desde la mentalidad postmoderna no es posible plantear la organización y la transformación del espacio circundante, sino que ocupamos y construimos el espacio desde la individualidad, desde la autosuficiencia, llegando en último término a una situación de aislamiento puesto que resulta imposible la articulación con el entorno⁵. Como él mismo señala, la

5 Vid. Jameson, Fredric: *Teoría de la postmodernidad*, Trotta, Madrid 1996.

postmodernidad es la forma cultural del capitalismo actual⁶, caracterizada por lo que denomina la “sordera histórica”⁷.

Esto supone, pues, una nueva experiencia y un nuevo concepto de sujeto. Del sujeto moderno confortablemente instalado en la seguridad de la racionalidad y en los esquemas de progreso y de futuro que regulan su vida, a la experiencia de la inestabilidad, de la ausencia de sentido, de un sujeto sin pasado ni futuro que ha de reubicarse en su espacio.

Tendrá por lo tanto que buscar unas nuevas coordenadas que sustituyan a aquellas que le permitían asumir un papel y una identidad en el entramado social, tendrá que reubicarse para poder encontrar nuevos modos de integrarse en una realidad urbana diferente y tendrá que consensuar con otros lo que podemos entender como virtudes sociales dado que, del mismo modo que coexisten diversos conceptos de mundo, también lo hacen distintos esquemas de valores que no admiten además, desde el punto de vista postmoderno, ninguna jerarquización.

Por lo tanto, de aquí surgen una serie de problemas del hombre postmoderno como son la cuestión de la identidad, la de la articulación de las relaciones sociales y la de los valores culturales.

El problema de la identidad surge porque el sujeto, expulsado del paraíso moderno, tiene que reubicarse en su mundo, en el subjetivo y en el social, y, cómo no, en el espacio de una nueva totalidad urbana. Como señala Baudrillard, el deseo de tiempos anteriores de “parecerse a los demás y perderse en la multitud” ha sido reemplazado por el de “parecerse únicamente a uno mismo”⁸.

Frente al espacio moderno perfectamente articulado y socialmente integrado (o al menos esa era la pretensión), el espacio público postmoderno aparece fragmentado y sin ningún proyecto de ordenamiento. En el mundo de la movilidad y la continua transformación, es muy complicado prever o planificar las relaciones entre los sujetos y entre los diversos grupos sociales.

En sociedades como las nuestras cada vez más multirraciales y multiculturales, de grandes movimientos migratorios y donde las fronteras tienden a cambiar y a diluirse, aparecen nuevos grupos sociales, nuevas asociaciones entre los ciudadanos, marcadas por distintos criterios como pueden ser la religión, el país de origen, la pertenencia a un determinado barrio⁹, etc.

6 “Si, de hecho, el sujeto ha perdido su capacidad de extender activamente sus pro-ten-ciones y re-ten-ciones por la pluralidad temporal y de organizar su pasado y su futuro en una experiencia coherente, difícilmente sus producciones culturales pueden producir algo más que ‘cúmulos de fragmentos’”. Jameson, Fredric: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona 1991, trad. J. L. Pardo Torío, p.46

7 Jameson, Fredric: *Teoría de la postmodernidad*, o.c., pgs. 9 y 11.

8 Vid. Baudrillard, Jean: *El otro por sí mismo*, Barcelona, Anagrama 1998.

9 Como ejemplo anecdótico, en Sevilla el barrio de Triana, que fue siempre su arrabal y tuvo siempre un carácter peculiar, se autodefine como “república independiente”. En grandes ciudades como Berlín o París nos encontramos con barrios con un carácter muy

Todo esto hace que se establezcan nuevas relaciones humanas y nuevas identidades, fruto del encuentro entre distintas mentalidades, diferentes tradiciones culturales e históricas, diversas ideologías, costumbres y hábitos, que transmutan continuamente el carácter y la composición de nuestras colectividades. A un mundo caracterizado por la movilidad, le corresponden sociedades complejas, plurales, donde aparecen nuevas identidades que alteran su naturaleza.

La aparición de sujetos, entidades y colectivos nuevos, marcan una impronta en el tejido social, contribuyendo con elementos culturales, con modos de pensar y de actuar, a la vez que son asimilados en mayor o menor por el contexto ya existente. La interculturalidad es, más que nunca, un fenómeno de nuestra época que conlleva experiencias enriquecedoras para nuestras sociedades a la vez que inserta en su entraña el conflicto. Lo diferente, lo diverso, lo otro, provoca a la vez valoración y rechazo.

Nuestra cultura es, por lo tanto, cada vez más fronteriza y tiende al mestizaje de todo tipo, sea racial o cultural. Esto es lo que nos sitúa en la experiencia una nueva identidad basada en la provisionalidad, la relatividad y el cambio.

En este sentido el carácter de una ciudad vendrá dado por estos elementos de contaminación mutua y el ciudadano se dará cada vez más al nomadismo, ya sea interior o exterior. Del mismo modo que la ciudad moderna se convirtió en un gran laboratorio donde ensayar los principios de la racionalidad, la ciudad de nuestro tiempo se convierte en un espacio de experimentación y observación de los comportamientos sociales.

En la ciudad conviven espacios muy heterogéneos y habitantes de muy diverso origen que dan lugar a un universo híbrido, donde acontece una contaminación dialéctica entre lo local y lo global. A la vez que se subraya la identidad de las diferentes manifestaciones culturales, se homogeneiza la experiencia a través de los medios de comunicación electrónicos, que se convierten en vehículos de globalización.

La sociedad de los media se convierte en un espacio donde conviven y entran en mutua relación diversas imágenes de diferentes contextos, pero a la vez es un espacio creado por una cultura de masas donde aquellas se organizan según principios homogeneizadores. Esta cultura del simulacro¹⁰ y el espectáculo ofrece un sistema de valores efímeros y fácilmente sustituibles, creados por la industria cultural e implantada a través del engranaje publicitario que proporcionan los medios de comunicación masiva.

Como señala Castells, gracias a los medios de comunicación electrónicos, capaces de absorber e integrar todas las formas culturales, todos los modos de

marcado por el origen étnico, por el estilo de vida y la ocupación de sus habitantes, etc, o por la combinación de diversos criterios.

¹⁰ Vid. Baudrillard, Jean: *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, 1998

interrelación se integran en un modelo cognitivo común. Las diferencias se diluyen en un contexto semántico múltiple pero compartido¹¹.

Precisamente lo que marca según él un verdadero cambio de época, el comienzo de la Era de la Información, es precisamente que todas estas imágenes, formas y expresiones culturales, ya sean de carácter popular o especializadas, conviven y se entrelazan en un único universo digital, que constituye el nuevo contexto simbólico del hombre del siglo XXI.

Esto supone, siempre siguiendo el pensamiento de Castells, un cambio estructural de nuestras sociedades mucho más radical que el que produjo la revolución industrial, que hace de ellas una realidad básicamente diferente de la que surgió de la Modernidad¹².

En las sociedades postindustriales el espacio social no es ya un espacio físico donde tienen lugar los intercambios, donde son posibles las interacciones y las relaciones de forma directa, sino que se trata de un espacio virtual donde la interacción consiste en intercambio y comunicación de la información.

Los medios de comunicación electrónicos han creado un entorno virtual donde estamos conectados y tiene lugar gran parte de nuestra vida, dando lugar a una sociedad de redes donde los distintos lugares, imágenes y significados quedan interrelacionados dando lugar a una multiplicidad de sentidos.

Este cambio estructural tendrá, evidentemente, un impacto sustancial sobre la experiencia y el diseño de la ciudad y el espacio. Estamos asistiendo, y lo haremos aún más en el futuro, a una transformación de las formas urbanas que, a diferencia de las propuestas modernas, no tienen vocación de modelo único y aplicable universalmente, sino que tienen cada vez más en cuenta las condiciones del entorno natural y cultural y las necesidades específicas del contexto en el que surgen.

Por otro lado la ciudad contemporánea está integrada en una red de intercambios y relaciones que proporciona un nuevo sentido del espacio, tanto de su concepto como de su uso, y de los flujos que tienen lugar tanto dentro del contexto urbano como en el interurbano.

A partir de estos datos, se pueden prever una serie de consecuencias para el desarrollo futuro del hábitat humano, no sólo desde el punto de vista de la planificación urbanística sino también de las relaciones sociales y, por lo tanto, de los valores comunitarios. Se dibuja, por lo tanto, un nuevo rostro ciudadano.

11 Vid. Castells, Manuel, *La Era de la Información*, 3 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1997-98

12 *Ibid.*, vol.1, pgs. 55 y ss.

Construyendo la cibercidad

Decíamos antes que la irrupción de los medios de comunicación electrónicos, había provocado una transformación radical de nuestra cultura a todos los niveles, constituyendo un nuevo contexto para la vida del ser humano.

Por lo tanto la metamorfosis que está teniendo lugar en la ciudad contemporánea tienen origen, nada más y nada menos, que en un cambio civilizatorio. Los medios de comunicación actuales no son simplemente un elemento añadido sino constitutivos del núcleo central de significación del mundo urbano actual, de manera que podríamos concluir diciendo que la cultura urbana de nuestro tiempo es cultura mediática.

Esta ciudad informacional, tal y como la denomina Castells, se caracteriza por ser un nuevo entorno urbano, posibilitado gracias al desarrollo de la informática y las telecomunicaciones, que hace factible el procesamiento de la información y la creación de sistemas de comunicación. Por lo tanto el paradigma de este nuevo entorno no sería tanto la de producción de bienes (que sería el característico de la Era industrial) sino la de crear información¹³.

En este sentido los medios de comunicación se constituyen en el nuevo espacio de nuestras ciudades. Los cambios en los medios, soportes y procesos de comunicación están provocando cambios radicales en conceptos fundamentales en el ámbito ciudadano como son los de lo público y lo privado, el de espacio-tiempo o los modos de relación y participación, que están llevando a la necesidad de esbozar nuevos escenarios urbanos.

La ciudad tradicional había tenido como base la idea de constituirse como un lugar físico donde se producía el intercambio (transaccional, comunicacional, etc.) de los ciudadanos. Hasta ahora la proximidad física era necesaria para que la administración y la jurisprudencia, la economía y el comercio, los procesos educativos y culturales tuvieran lugar, pero las nuevas tecnologías de la comunicación hacen innecesaria esta circunstancia. Se puede asegurar la comunicación y se pueden llevar a cabo transacciones de cualquier tipo sin que sea indispensable un espacio físico compartido.

La firma electrónica, la banca digital, las videoconferencias o las tiendas *on line* son sólo unos pocos ejemplos absolutamente cotidianos, que nos hablan de cómo la presencia física ha dejado de ser indispensable para solucionar problemas cotidianos en nuestras sociedades.

Las nuevas tecnologías han establecido, pues, una nueva relación espacio-tiempo capaz de modificar y conectar los espacios, obligando a una redefinición del concepto del ámbito ciudadano. Este ya no se define básicamente en términos de extensión, superficie, área o zonas, sino que lo hará cada vez más en referencia a los de relación, correspondencia, conexión, comunicación, vínculo o enlace.

13 Vid. Castells, Manuel, La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional, Alianza, Barcelona, 1995.

El desarrollo de la informática y la electrónica está constituyendo, pues, un nuevo territorio definido justamente por la interconectividad. No es importante ya el límite físico y la situación geográfica de la ciudad, sino su capacidad para generar tramas de comunicación e intercambio, de entrar a formar parte de redes urbanas más complejas, de vincular espacios reales o virtuales.

En este sentido el territorio que se trata de hacer habitable, que se intenta construir y urbanizar del mejor modo posible, es el del imaginario social. Este nuevo espacio construido por las redes y autopistas de la información, que abre posibilidades ilimitadas de comunicación e interrelación, subvertirá el orden que emanaba de las demarcaciones territoriales y de las circunscripciones de los centros de poder de la ciudad.

Lo que nos descubren las nuevas tecnologías electrónicas es que estos centros pueden ser desplazados, que los lugares pueden ser reemplazados por espacios comunicacionales donde ya no existe la mediación de la materialidad ni los condicionamientos del lugar físico.

Y esto, inevitablemente, incidirá en los modos de relacionarse, participar y producir de los habitantes. Si existe un nuevo sentido de la espacialidad urbana que ha dejado sin sentido la idea de la necesidad de un espacio físico como lugar natural de encuentro, y de un centro como espacio privilegiado de interacción, información e intercambios, es evidente que todo ello está afectando a la vida cotidiana del ciudadano y lo hará aún más en el futuro.

La posibilidad de trabajar telemáticamente, sin moverse de casa, sólo con tener un terminal conectado al centro de trabajo; la oferta de espacios de ocio y de relaciones humanas por Internet que nos permiten hacer amigos o buscar pareja en cualquier lugar del planeta; la existencia de foros de debate de todo tipo que nos permite la discusión y el intercambio; la posibilidad de hacer negocios, comprar o vender sin movernos de nuestro domicilio, está cambiando nuestro modo de trabajar, de comunicarnos y conocernos, de participar y de habitar el espacio.

Ya no hay ágora fuera de los chats y vivimos una crisis de los espacios comunes. Prácticamente todo es visitable vía Internet, tenemos relaciones virtuales de todo tipo, expresamos nuestras opiniones y pensamientos a través de un blog y paseamos extrañados por nuestras ciudades, asombrados por la cantidad de cambios que ha sufrido, cambios que señalan lo prolongado de nuestra ausencia.

Por otro lado, el crecimiento imparable de las grandes urbes hace cada vez más inviable la idea de lugares físicos de encuentro. Ya sea por los tiempos de desplazamiento, por la disolución de los territorios a los que tradicionalmente se asignaba esta funcionalidad o por su multiplicación hasta el infinito, estamos asistiendo a la fragmentación de la urbe.

A pesar de ello, y conviviendo (al menos todavía) con la ciudad que evoluciona de la mano de la telemática, subsisten espacios que tienen una cierta centralidad y significatividad, sirviendo de referente para el habitante. Por ejemplo en las grandes aglomeraciones, la tendencia será la de buscar esos espacios de

intercambio en los barrios o comunidades locales, donde las relaciones de todo tipo son más viables y cercanas.

Por lo tanto, aún estamos lejos de algunas propuestas que podríamos calificar de ciencia ficción moderada como la de William J. Mitchell que, llevando hasta sus últimas consecuencias algunos de los planteamientos de Castells, nos plantea una versión en positivo de la ciberciudad.

El punto de partida es que tendremos que volver a pensar el concepto de urbanismo, de ciudad y de espacio, si atendemos al hecho de que cada vez más los intercambios de todo tipo (sociales, políticos, culturales, administrativos, etc.), tienen lugar en el ciberespacio.

Esto supone que somos, también cada vez más, habitantes de la ciudad de bits¹⁴, una ciudad intangible, un universo virtual, donde los edificios se han convertido en software. Si las ciudades preindustriales, dice Mitchell, nos ofertaron techos y paredes que nos proporcionaron cobijo frente al medio, si las ciudades industriales construyeron sofisticados sistemas de conducción y aprovechamiento de la energía, las del siglo XXI serán espacios inteligentes, organismos vivos cuyo sistema nervioso será Internet¹⁵.

Por lo tanto el urbanismo no se centrará tanto en diseñar edificios significativos ya sea porque respondan a la demanda social o porque tengan un evidente valor simbólico, sino en hacer edificios inteligentes que interactúen con sus habitantes a través de dispositivos electrónicos conectados en red, gestionados informáticamente.

Como señala Mitchell, el hormigón y el acero seguirán siendo importantes, pero se les unirán el silicio y los programas. “Los edificios del futuro inmediato funcionarán cada vez más como enormes ordenadores con multitud de procesadores, memoria distribuida, numerosos mecanismos de control y conexiones de red para unirlo todo (...). El sistema operativo de la vivienda será tan esencial como el tejado, y desde luego más importante que el sistema operativo del ordenador”¹⁶.

14 Como señala Mitchell, en esta urbe global que se nos viene encima “sus lugares serán contruidos virtualmente por software, en lugar de físicamente con piedras, y estarán conectados por conexiones lógicas más que por puertas, pasajes y calles.” Mitchell, William J., *City of bits. Space, place and the Infobahn*, The MIT Press, Cambridge, MA, 1995, p. 24.

15 “En el pasado lejano, un edificio era poco más que esqueleto y piel. A partir de la revolución industrial, adquirieron una elaborada fisiología mecánica —sistemas de calefacción, ventilación y aire acondicionado, suministro de agua y eliminación de residuos, sistemas de energía eléctrica y de otros tipos, sistemas de circulación mecánica y una amplia variedad de instalaciones de seguridad y protección— (...). Actualmente, en los albores de la revolución digital, los edificios están siendo dotados de sistemas nerviosos artificiales, sensores, pantallas y equipos controlados por ordenador; la estructura es un chasis para sofisticados sistemas electrónicos que juegan un papel cada vez más importante en la respuesta a las necesidades de sus moradores”. Mitchell, William J., *E-topía*, Gustavo Gili, Barcelona, 2001, p.65.

16 Ibid. p.71-72

En consecuencia, la importancia de la fisicidad de las construcciones pasa a un segundo plano, desbancada por la importancia del componente virtual. Las paredes se convierten en ventanas electrónicas, los sistemas de circulación que interrelacionaban las distintas partes del edificio han dejado paso a una red de conexiones cibernéticas y las antiguas jerarquías espaciales se diluyen en un multifuncional universo digital.

En este sentido, la ciudad se puede entender, más que como un territorio físico, como un sistema de espacios virtuales interconectados gracias a las autopistas de la información, cuyos barrios son comunidades virtuales creadas en función de los intereses de los usuarios, donde los internautas pueden interactuar y relacionarse con otros¹⁷.

La Ciudad de Bits no se circunscribe, pues, a ningún lugar, sino más bien es un espacio diferente que actúa con diferentes reglas, y desde ahí se proyecta sobre la ciudad tradicional. Para Mitchell, el sistema mundial de computación — el ágora electrónica— subvierte, desplaza radicalmente, redefine nuestras nociones de lugar, reunión, sociedad y vida urbana¹⁸.

Los espacios virtuales están cambiando los espacios actuales¹⁹.

Posiblemente sea en su obra *E-topía* donde Mitchell deja volar un poco más su imaginación, y, siguiendo el estilo de la literatura clásica de anticipación, traza a grandes pinceladas lo que podría ser el futuro de nuestras ciudades, si atendemos a los cambios que ya se están produciendo en nuestros entornos.

Si en *City of bits* había planteado la necesidad de un diseño urbano que entendiera la ciudad como un entramado de espacios interconectados, en *E-topía* concreta esta idea dibujando los rasgos característicos de la cibercidad como ciudad inteligente, económica y ecológicamente más rentable.

Es evidente que si la tendencia es a la desmaterialización, es decir, si antes determinados servicios y actividades necesitaban espacios físicos para poder tener lugar y ahora no, porque es factible su realización en la ciudad de bits, eso supondrá un cambio en el paisaje ciudadano.

Esto lleva consigo, evidentemente, una reducción del gasto puesto que no es necesario disponer de un espacio físico (tener un espacio en Internet es mucho más económico que adquirir o comprar un local) y, en el caso de las transacciones

17 Partiendo de la base de que participan en juegos de construcción electrónica, donde el sujeto escapa de las imposiciones del “mundo real”, pudiendo re-diseñarse puesto que la representación virtual es altamente manipulable.

18 Mitchell, William J., *City of bits. Space, place and the Infobahn*, oc., p.8.

19 Ibid. p. 60. Esta es la conclusión de lo que Mitchell señala en las páginas anteriores, al analizar cómo los nuevos modos de información y distribución están cambiando el consumo y nuestra experiencia en un sentido amplio. La posibilidad de poder acceder a libros electrónicos, alquilar películas y descargarlas *on line* o hacer una visita virtual de un museo, nos da idea de cómo los lugares y objetos físicos pueden ser “sustituidos” por realidades virtuales.

comerciales, una mejora de los precios para el usuario ya que se elimina toda intermediación²⁰.

Por otro lado, desde el punto de vista medioambiental es también más rentable. Como señala Mitchell, un bit usado no contamina, del mismo modo que un correo electrónico no consume papel o un portal en la Web es más ecológico puesto que no deja residuos. Y, desde luego, se economizan muchos recursos materiales necesarios para la construcción de edificios, puesto que al aprovechar mejor los ya existentes, disminuye la demanda edificatoria.

Esto se repite cuando analiza otro de los supuestos de *E-topía*, el de la desmovilización. El hecho de que, gracias al ordenador, podamos solucionar muchas cuestiones desde casa sin necesidad de desplazarnos, que, cada vez más, podamos realizar nuestro trabajo sin necesidad de ir cada día al centro de trabajo, que podamos tener una vida social activa (aunque sea virtual) sin tener que movernos de casa²¹, está cambiando nuestra idea de unir espacio arquitectónico con una determinada función²².

De hecho, como señala Mitchell, estos ámbitos serán cada vez más multifuncionales, de manera que, contrariamente a lo que planteaba le Corbusier, no es necesario establecer una distinción entre los espacios de trabajo, ocio y circulación²³, sino que, por el contrario, pueden convivir sin problemas. Por ejemplo si, como antes comentábamos, tenemos la posibilidad de tener un teletrabajo que se puede hacer desde casa, ésta se convierte en un lugar polivalente donde tiene lugar no sólo la vida privada y social del hombre, sino también su vida laboral.

Es evidente que todo ello supondrá un ahorro de tiempo en los desplazamientos, de gasto en los transportes (tanto por parte del usuario como desde el punto de vista de las infraestructuras), y también una clara repercusión medioambiental: menos tráfico supone menos consumo de combustible y, por ende, menos contaminación. Siempre es más eficiente, como Mitchell señala, mover *bits* que personas y mercancías²⁴.

Hasta aquí nada que objetar. Las ventajas resultan enormes y parecen resolver algunas de las cuestiones que más nos preocupan en las sociedades

20 De esto tenemos ejemplos cotidianos. Reservar un hotel, comprar desde una bicicleta hasta una cámara fotográfica, suele ser más económico si lo hacemos vía Internet.

21 Para ello contamos con direcciones en Internet donde encontrar amigos o pareja, intercambiar opiniones o simplemente charlar.

22 Como señala Mitchell, "la distribución electrónica de servicios elimina largos trayectos hasta puntos de acceso intermedios", la telemática nos permite trabajar para una empresa italiana viviendo en Argelia, o diseñar desde México para una firma española.

23 No es necesario puesto que se eliminan los efectos indeseables de ruido y contaminación, de manera que más bien habría que tender a la interrelación. Vid. Mitchell, William J., *E-topía*, o.c., pgs.80-81.

24 Mitchell, William J., *E-topía*, o.c., p.157.

contemporáneas como es el problema del tráfico, el de ahorrar energía y recursos naturales, producir menos residuos, disminuir la contaminación, etc.

Pero, esta ciudad invisiblemente inteligente, basada en redes de información de alta velocidad, a la que estamos razonablemente abocados según este tecnófilo moderado, ¿es asumible y deseable?

Como siempre parecen saltar las alarmas. Desde que Mary Shelley creó a la criatura de Frankenstein, para dar forma a nuestros miedos sobre el uso irresponsable e inadecuado de la tecnología, y desde que vimos en 2001. *Una odisea en el espacio* a la supercomputadora Hal, que demostró ser funesta para la vida de los tripulantes de la nave, los tecnófobos afilan sus armas.

Lógicamente asaltan las dudas sobre qué puede suceder en un mundo totalmente interconectado, donde nos podemos sentir vulnerables ante un ataque cibernético, sobre quién va a acceder a estas redes y quien las va a controlar, o sobre si todo esto va a menoscabar nuestra intimidad o va a cambiar radicalmente la forma de relacionarnos.

Mitchell es consciente de que estos proyectos suscitan dudas razonables, pero señala que el problema para asumir este futuro que se nos avecina, es fundamentalmente cultural.

Las redes digitales de telecomunicaciones no van a crear nuevas estructuras ciudadanas sino que transformarán las que ya existen, adaptando los espacios, edificios e infraestructuras que ya tenemos, a las necesidades de los nuevos tiempos. De hecho plantea la idea de una “transformación suave”²⁵, dado que los cambios que producen estas redes son desde luego menos traumáticos y devastadores que los que provocó la revolución industrial. En este sentido las infraestructuras de las telecomunicaciones son mucho menos intrusivas pues al ser más “invisibles”, no necesitan de grandes espacios y son menos destructivas tanto para el entorno natural como para el patrimonio histórico. Se trata de una “revolución de terciopelo”, sutilmente progresiva y nunca destructiva.

Por lo tanto la E-topía no se plantea como una distopía sino todo lo contrario. El futuro no es *Blade Runner* ni extrañas ciudades futuristas, sino ciudades parecidas a las actuales pero invisiblemente inteligentes. La ciberciudad ya acampa entre nosotros.

Los nuevos retos de la ciudad contemporánea

Todos estos datos nos hacen pensar en la multiplicidad de elementos a tener en cuenta en la elaboración de un modelo de ciudad para el siglo XXI. Algunos ya son parte de nuestra realidad cotidiana y otros aparecen en el horizonte anunciando posibilidades para el futuro. Por lo tanto podemos plantear, sin la intención de ser exhaustivos, algunas de las características de las distintas imágenes del concepto de ciudad contemporánea que surgen en nuestros días.

25 Ibid. p.162-163.

En primer lugar la imagen de la ciudad difusa. Nos estamos refiriendo a la tendencia, que ya vivimos desde hace tiempo, a constituir regiones metropolitanas, formadas por constelaciones de concentraciones urbanas, integradas entre sí tanto por una serie de infraestructuras de carácter físico como virtual²⁶.

En segundo lugar, tendríamos que referirnos a la imagen de la ciudad policéntrica, que surge como consecuencia de la pérdida de la centralidad y la disgregación de las actividades y de los poderes fácticos de la ciudad, provocada por las nuevas tecnologías y por el crecimiento a escalas que comienzan a ser inmanejables de la ciudad contemporánea.

Tanto el impacto de las telecomunicaciones como la conversión de la ciudad en un sistema metropolitano de ciudades, está favoreciendo esta estructura de constelación de poblaciones, donde está dejando de funcionar la dialéctica centro-periferia para dejar paso a la idea de diversos centros conectados entre sí²⁷.

La tercera cuestión sería que estos cambios estructurales están transformando las relaciones sociales, donde la dialéctica se establece entre la idea de individualización y comunalización. Es decir, vivimos en una cultura cada vez más basada en la conciencia de la individualidad, pero donde creamos continuamente redes de relación para compartir intereses.

Todo ello conlleva un nuevo planteamiento urbanístico, dispuesto a crear nuevas estructuras que respondan a las necesidades y nuevas formas de relación de los habitantes. Es previsible que cambien los entornos de trabajo²⁸, de modo que también lo hará el transporte, la vivienda, etc.

Por otro lado, el hábitat habrá de acomodarse a los cambios que acaecen en el terreno de la comunicación entre personas, no sólo en el ámbito urbano, sino también (lo que es cada vez más frecuente) entre personas de distintos lugares y culturas.

Y no sólo eso, sino que también habrá que abordar los problemas que estos cambios están provocando en los patrones de comunicación. Es un hecho que está habiendo un recrudescimiento de las diferencias sociales, de los conflictos interculturales causados por la inmigración, de la soledad en las grandes ciudades, que provoca aislamiento social. A esto se une la aparición de un nuevo

26 Ciudades como Los Ángeles, México D.F., Londres o París, ocupan un extenso territorio, cuyas fronteras difícilmente podemos establecer puesto que se trata de metrópolis formadas por una constelación de aglomeraciones que se han ido sumando a un núcleo primigenio, o cuya estructura desde un principio tuvo un carácter abierto.

27 De hecho experimentamos cada vez más, incluso en las ciudades más antiguas, que el "centro histórico" ya no es como antaño el centro comercial y de intercambios, sino que aparecen nuevos "centros" que cumplen mejor dichas funciones por la cercanía, mayor facilidad de acceso, etc.

28 Hay una tendencia a flexibilizar horarios y a realizar trabajos desde casa, gracias a las posibilidades que ofrecen las redes telemáticas.

tipo de pobres, los no informados, aquellos que no pueden o no saben acceder a las nuevas redes de comunicación²⁹.

Evidentemente el nuevo urbanismo no aspira a resolver esos problemas pero sí a tenerlos en cuenta y subsanarlos en lo posible, desde la tarea que asumen arquitectos y planificadores de la ciudad.

Por lo tanto, encontramos una nueva actitud en los responsables de la organización y gestión de las ciudades, conscientes de que se trata de una tarea en equipo y que tiene que tener en cuenta la realidad del mundo y la sociedad contemporáneos.

Si en un principio los problemas de habitabilidad y urbanización se habían centrado en cómo ofertar vivienda, higiene, servicios y calidad de vida en los espacios urbanos, ya que en muchas ocasiones se habían visto desbordados por un aumento desmesurado de la población, que había dado lugar a la aparición de asentamientos irregulares y faltos de los servicios más básicos, a partir de ahora se trata de conseguir a través del hábitat un espacio socializado donde puedan ponerse las bases que eliminen la segregación y la conflictividad social.

Además de los problemas de cómo hacer compatible el crecimiento y el desarrollo armónico de las ciudades, el desarrollo económico (la industria y el comercio), con el respeto por la historia y el medioambiente, ahora se trata de traspasar los límites de la ciudad y las comunidades locales, para pensar en global.

Pensar el espacio en el siglo XXI supone iniciar una reflexión sobre el modo más adecuado de proyectar los espacios en una sociedad cada vez más interconectada, de manera que cada vez se es más consciente de que no valen las soluciones aisladas sino en relación a la totalidad. Las sociedades del siglo XXI son sociedades planetarias, de manera que no se pueden concebir las ciudades más que en red, y los ciudadanos son cada vez más ciudadanos del mundo. Como dicen los ecologistas hay que actuar en lo local pensando en lo global.

Por lo tanto estamos asistiendo al nacimiento de un nuevo sentido del lugar y de la pertenencia, así como de las relaciones ciudadanas y de los valores fundamentales que se priman en el contexto social. Si antes el ciudadano anclaba en un lugar por razón de su nacimiento, de su etnia, nacionalidad, etc., y se sentía identificado con una cultura y costumbres determinadas que definían su identidad, ahora esa identidad convive con la experiencia de la pertenencia a una comunidad internacional.

La experiencia de la interconexión y la incidencia a nivel mundial de los problemas y las medidas económicas, de las decisiones políticas que afectan a diversas comunidades, de los parámetros culturales, éticos o estéticos, nos llevan a la conciencia ineludible de que los juicios, determinaciones, intereses y propuestas de entidades locales, nacionales o de comunidades de naciones, afectan cada vez más a la totalidad del planeta.

29 Vid Castells, Manuel, *La Era de la Información*, o.c., vol.3, pgs. 95 y ss.

Por lo tanto los principios del urbanismo y de la construcción del hábitat, habrán de basarse en esta nueva circunstancia de nuestras sociedades, que ya no son Modernas. Si la Carta de Atenas de 1933 había intentado responder (aunque era de ámbito europeo) a las necesidades entendidas como universales del habitar del hombre del momento, que habitaba en ciudades marcadas por el desarrollo de la industria y por el maquinismo, ahora habría que replantear estos principios en una sociedad postindustrial, caracterizada por la incidencia de los medios de comunicación electrónicos.

Una nueva Carta de Atenas para el siglo XXI

El Consejo Europeo de Urbanistas, teniendo en cuenta las nuevas cuestiones y problemas que surgen en nuestro entorno cultural, comenzaron a plantearse desde los últimos años del siglo pasado, la necesidad de unificar esfuerzos y dar unas directrices generales que, como su precedente, la Carta de Atenas de 1933, sirviera de referente común a los urbanistas profesionales que trabajan en Europa.

Pero dado, como señalábamos anteriormente, el alto grado de homogeneización que existe en las sociedades contemporáneas, pensar y construir el espacio en Europa no difiere básicamente de hacerlo en otras culturas. Salvando, por supuesto, ciertas características o problemáticas que pueden ser más específicas del espacio europeo, o que se dan en otros lugares con menor intensidad, los planteamientos generales que se ofrecen en este nuevo documento, podrían servir sin duda para ofrecer unas pautas globalmente válidas.

La Nueva Carta de Atenas, cuya redacción definitiva aparece en 2003, pretende no solamente analizar los problemas del habitar contemporáneo, sino también subsanar los errores de fondo que estaban a la base del texto del año 1933, que hicieron conflictiva su aplicación, no sólo en lo referente a los principios del habitar sino también desde el punto de vista de la función que arquitectos y urbanistas tenían según dicho texto.

Ya en la redacción de 1998 leemos lo siguiente: “Al preparar este Carta, el Consejo Europeo de Urbanistas ha sido consciente de la gran influencia de la Carta de Atenas de 1933, y de las deficiencias de los tipos de estructuras y esquemas urbanísticos resultantes de su aplicación. Se ha preparado una nueva Carta más adecuada a las décadas venideras, que tiene en cuenta en primer lugar al ciudadano a la hora de tomar decisiones organizativas. El concepto principal que se desarrolla en ella es que la evolución de las ciudades debe ser el resultado de la combinación de las distintas fuerzas sociales y de las acciones de los principales representantes de la vida cívica. A juicio del Consejo Europeo de Urbanistas, se necesita un nuevo marco para el urbanismo que satisfaga las necesidades socioculturales de la generación actual y de las futuras.

En este contexto en continua evolución, el papel del urbanista profesional, como coordinador y mediador cualificado, es crucial. Se propone que el elemento

fundamental de la nueva Carta sea un compromiso general con la construcción de las ciudades, donde el urbanista no figure como un Gran Maestro, sino como alguien que posibilita y coordina el desarrollo. (...) El papel del planificador urbano en este proceso debe consistir en proporcionar una visión de futuro de las ciudades e ilustrar, así como a inspirar, a los ciudadanos del mañana”³⁰.

Este texto introductorio que fue suprimido de la redacción definitiva (aunque no de su espíritu), comienza marcando una diferencia metodológica fundamental con respecto a la versión de 1933. La “cura de humildad” sufrida por arquitectos y urbanistas, después de la debacle del movimiento Moderno, hace que reconozcan la insuficiencia de sus planteamientos, a la vez que contemplan su tarea como una aportación cualificada a un trabajo que es de equipo, donde la presencia de las fuerzas sociales y del propio habitante son importantes.

Posteriormente, en el texto definitivo de 2003, se hace aún más explícita la renuncia a establecer cualquier regla o canónica, urbanística o de construcción, tal y como se hizo en el pasado, se reconoce la limitación del papel de la planificación en una sociedad en perpetua evolución, muy compleja, y donde los sujetos de dicha evolución son múltiples y dependientes entre sí.

Así se explicita: “Es importante reconocer que la Carta del Consejo Europeo de Urbanistas sustituye a la Carta de Atenas original de 1933, que contenía una visión preceptiva de cómo deberían desarrollarse las ciudades, con zonas de vida y de trabajo con alta densidad, conectadas por sistemas de transporte masivo muy eficientes. Como contraste, la Nueva Carta y esta revisión, inciden sobre los residentes y los usuarios de la ciudad y en sus necesidades, en un mundo que cambia rápidamente. Promueve una visión de *La Ciudad Conectada* que puede lograrse por la planificación y por los urbanistas. Contempla nuevos sistemas de gobierno y nuevas formas de involucrar al ciudadano en los procesos de toma de decisiones, haciendo uso de las ventajas de nuevas formas de comunicación y de la tecnología de la información. Al mismo tiempo es una visión realista, que distingue entre los aspectos del desarrollo de la ciudad en los que la planificación puede ejercer una influencia real y aquellos en los que tiene un papel más limitado”³¹.

El punto de mira ha cambiado radicalmente. Los urbanistas modernos entroncaban directamente con la tradición de los utopistas, tendiendo a hacer diseños de ciudades adaptadas idealmente a las necesidades que planteaban las nuevas sociedades industriales (vivienda, trabajo, transporte...). Después de la crisis del pensamiento moderno, se opta por una “visión realista” del proyecto urbanístico, se suprime la fórmula con pretensión de validez universal para centrarse en las necesidades no sólo funcionales sino también vitales del ciudadano.

30 Nueva Carta de Atenas (versión preliminar de 1998), Introducción.

31 Nueva Carta de Atenas 2003 (versión definitiva), Anexo, *Antecedentes históricos*.

Y desde luego se parte de la base de que no existen soluciones definitivas en un entorno social y cultural donde los cambios son vertiginosos, posiblemente mucho más rápidos que los que tenían lugar en las primeras décadas del siglo XX. Ahora las propuestas tenderán a ser más flexibles y diferentes, adaptadas al contexto en que se inscriben, pues no es lo mismo proyectar un mercado en Kenia que en Islandia.

Por otro lado la conciencia de los cambios que ya se han producido y los que seguirán generando las tecnologías de la información, que anuncian un desarrollo insólito de las posibilidades de comunicación a nivel mundial, conlleva el reconocimiento de nuevos modos de participación social. De aquí la conciencia de que, dada la complejidad de las sociedades contemporáneas, y el aumento de las posibilidades de participación que se ofrece a los ciudadanos, la tarea del urbanista ni se realiza en solitario ni es capaz de resolver por sí misma todos los aspectos que tienen que ver con el desarrollo de las ciudades.

Esto no implica que no se subraye el papel del urbanista en una sociedad cambiante, que ha de evolucionar aún más en el futuro, como inspirador, coordinador y planificador de esas ciudades futuras. Pero planificador, como se especifica en la Carta, en el sentido de mediador. “Planificar no es solamente preparar un plan sino, más bien, un proceso político que pretende un equilibrio entre todos los diferentes intereses —públicos y privados— para resolver demandas contrapuestas sobre el espacio y los programas de desarrollo”³².

Por lo tanto el papel que se le asigna es mucho más exigente y delicado que en el pasado. No sólo habrá de tener un conocimiento sobre los factores que constituyen el aspecto teórico-práctico de la planificación urbana contemporánea sino que también habrá de informar, formar y promover el análisis, la crítica y la participación, no sólo diseñará propuestas respetuosas con el medio ambiente y con el patrimonio cultural, no sólo elaborará prospectivas para el desarrollo urbanístico futuro, sino que también asumirá un papel como consejero político y mediador y como gestor urbano³³.

Esto supone una exigencia de virtudes públicas en el planificador pues, en primer lugar, ha de tener como valores fundamentales los de justicia social y solidaridad, de igualdad y colaboración, a fin de hallar las mejores soluciones que garanticen el bienestar público. Y, por supuesto, sin dejar de tener en cuenta los factores medioambientales, sociales y económicos que hay que respetar para conseguir un desarrollo sostenible de las tramas urbanas.

Todo ello apunta a la existencia de un orden de valores sobre el que se sustentan las propuestas de la Nueva Carta de Atenas que, aunque aparezcan a modo de declaración de intenciones, y a veces obviando los inevitables obstáculos que suponen los intereses de carácter económico y político, ofrecen al menos un horizonte de eticidad social mucho más claro y evidente del que podíamos

32 *Ibid.* Parte B, ap. B3 El compromiso de los urbanistas.

33 *Ibidem.*

encontrar en la versión de 1933, más preocupada posiblemente por problemas de carácter técnico que pudieran ofertar una mejora de la vida del ciudadano.

No era fácil en aquel momento histórico proponer una solución a los problemas del habitar surgidos en sociedades sometidas a cambios radicales, donde la densidad poblacional de las ciudades había aumentado de forma desmedida, provocando una degradación de las condiciones de habitabilidad. Pero no se trataba solamente de ofertar más espacio, más luz, más espacios verdes, más higiene en suma, sino de restablecer unas condiciones que atendieran a las necesidades tanto fisiológicas como psicológicas de los individuos, en un adecuado orden social. Es decir, se trataba de conseguir lo que Le Corbusier definía como el “resplandor de la persona en el marco del civismo”³⁴.

En aquel momento era urgente realizar una tarea de ordenación en las ciudades cuyo equilibrio se había visto roto por el advenimiento del maquinismo, dando lugar a urbes densamente pobladas, caóticas, poco salubres, que no tenían en cuenta para nada las necesidades vitales de sus habitantes³⁵. El ritmo frenético que imponía el maquinismo, esas “velocidades mecánicas”, puso también de relieve la inadecuación de las vías de comunicación, que carecían de la flexibilidad y resultaban insuficientes para la circulación³⁶.

Pero curiosamente las soluciones que se buscaban para organizar este desastre ciudadano (del cual el problema circulatorio era sólo una parte), partían justamente de los principios de racionalidad que sustentaban esta sociedad maquinista. Había que “sanear” la ciudad, acabar con los espacios insalubres, sustituirlos por espacios soleados y por zonas verdes, lo cual exigía una “cirugía” perfectamente planificada que no dudaba en demoler sin problemas todo aquello que estorbara e hiciera inviable el proyecto del urbanista³⁷.

De hecho la idea de la ciudad que subyace en la primera Carta de Atenas es la de una unidad funcional, la de una empresa que crece y se desarrolla según un plan general, donde se prevé en lo posible, sin dejar espacio al azar, el futuro desarrollo de la urbe³⁸.

34 Le Corbusier: *Principios de urbanismo (La Carta de Atenas)*, Ariel, Barcelona 1971, traducción de Juan Ramón Capella, 1ª parte: “Generalidades”, punto 2.

35 Ibid. 1ª parte: “Generalidades”, punto 8

36 Ibid. 2ª parte: “Estado actual de las ciudades. Críticas y remedios”, puntos 51 a 58.

37 Tenemos notables ejemplos de ello en las renovaciones radicales de muchas ciudades europeas (Viena, París...) que tienen lugar en el XIX para acomodar la ciudad medieval a las exigencias de los tiempos modernos. Tal vez el caso más paradigmático sea el de París, donde Hausmann, no sólo por conveniencia urbanística sino también por motivos políticos, realiza una intervención bastante traumática en la ciudad tradicional. Ya en el siglo XX, el propio Le Corbusier propuso ciertas intervenciones igualmente radicales en el mismo París, como fue el *Plan Voisin* que quedó sólo en proyecto, aunque su idea de *l'Unité d'habitation* se hizo realidad en Marsella.

38 “La ciudad definida en lo sucesivo como una unidad funcional, deberá crecer armoniosamente en cada una de sus partes, disponiendo de los espacios y de las vinculaciones en los que podrán inscribirse, equilibradamente, las etapas de su desarrollo”.

Por lo tanto se contempla la posibilidad de planificar, de establecer leyes urbanísticas (y desde luego leyes que permitan una liberación del estatuto del suelo), que hagan posible una ciudad capaz de construirse y crecer adecuándose a las cuatro funciones primordiales del habitar, según los criterios que establece el urbanismo moderno. Como decía Le Corbusier, la previsión sucederá al azar y el programa a la improvisación³⁹, de manera que todas las posibles iniciativas deberán ser articuladas en un plan general, que establecerá siempre la subordinación de aquellas a los intereses públicos.

Pero, como antes señalábamos, se trataba no sólo de establecer un ordenamiento urbano racional, sino adecuado a las necesidades físicas y espirituales del habitante. La confianza en que este programa podría llevarse a cabo siempre y cuando se dieran las condiciones necesarias para ello, efectivamente entronca con la aspiración moderna de poder proporcionar al hombre las infraestructuras y las condiciones objetivas para que su vida fuera más benéfica y feliz, o al menos donde sus necesidades vitales básicas fueran cubiertas.

El problema es que la felicidad es una extraña circunstancia que escapa a toda planificación, y que los intereses, tanto económicos como políticos, impiden, o al menos entorpecen, la plena realización de estos programas que habían de diseñar los urbanistas. Estos debían de partir de un análisis de la realidad del lugar: los recursos naturales, la topografía, la economía, las necesidades sociales, la política, el desarrollo de las comunicaciones, los valores espirituales... Sólo así podrán establecer unas “reglas inviolables (que) garantizarán a los habitantes el bienestar del alojamiento, la facilidad del trabajo, el empleo feliz de las horas libres. El alma de la ciudad quedará vivificada por la claridad del plan”⁴⁰.

Así pues será el valor de la eficacia y la claridad de una planificación capaz de crear bienestar en todos los ámbitos de la vida del hombre y de construir una ciudad a la medida humana, lo que primará como objetivo prioritario.

Y el artífice de todo ello no puede ser más que el especialista, es decir, aquel capaz de planificar no con la frialdad del geómetra sino como el creador de un cuerpo con órganos bien diferenciados, donde cada uno cumple su función, garantizando no sólo el orden y la felicidad presente sino también la futura, puesto que el análisis riguroso de todos los factores implicados en el fenómeno del habitar permitiría una prospectiva del desarrollo ciudadano⁴¹.

Si anteriormente habíamos hecho referencia a la aseveración de que la arquitectura es fundamental para todo, es evidente quién habrá de ser este especialista. “¿Quién podrá adoptar las medidas necesarias para llevar a buen fin esta tarea, si no es el arquitecto que posee un perfecto conocimiento del hombre,

Le Corbusier, *ibíd.*, “Conclusiones”, Punto Doctrinal 84.

39 *Ibíd.*, Punto Doctrinal 85.

40 *Ibíd.* Punto Doctrinal 86.

41 *Ibíd.*

que ha abandonado los grafismos ilusorios y que, con la justa adaptación de los medios a los fines propuestos, creará un orden que llevará en sí su propia poesía?”⁴²

Esa poesía del orden y la funcionalidad es la que subyace a la definición de Le Corbusier de la casa como *machine à habiter* y a la concepción de la ciudad como un universo de interacciones bien planificado, capaz de responder a las necesidades productivas de las sociedades industriales, a la velocidad de la vida moderna, donde cada función exigía sus espacios que quedaban así perfectamente distribuidos y ordenados, donde peatones y automóviles transitaban por vías diferentes, perfectamente ajustadas a las necesidades circulatorias.

Es posible que esta imagen de ciudad perfectamente planificada, a la medida de las necesidades humanas y funcionando con la exactitud de un reloj suizo, pueda parecernos cuanto menos ingenua, un tanto utópica y, sin duda, heredera de un concepto maquinista del mundo y de las relaciones que en él se establecen.

En esta que podríamos llamar *machine à vivre*, se expresa y toma cuerpo, al fin y al cabo, la conciencia moderna de ruptura con el régimen anterior y se inaugura el concepto de urbanismo contemporáneo. El urbanismo entendido como ordenación de los lugares para acoger y hacer la vida de los hombres en todos sus aspectos (material, espiritual, sentimental, etc.), ya sea a nivel individual como colectivo, es un concepto que nace de las entrañas del espíritu nuevo de la Modernidad.

Este obliga a romper con el modelo anterior o, tal vez diríamos mejor, con la ausencia de paradigma, puesto que la ciudad premoderna no tenía a la base un arquetipo determinado. Ya no es posible mantener el esquema de la ciudad tradicional, que había crecido de forma orgánica, al impulso de las necesidades de habitación que iban apareciendo, y sin ningún ordenamiento explícito, promoviendo la aparición de ciudades-laberinto, donde los ciudadanos estaban abocados no sólo a la interacción sino a comunitarismo.

En esto consistió la grandeza de la Carta de Atenas de 1933, que logró sintetizar y sistematizar los esfuerzos que desde los ámbitos políticos, sociales y urbanísticos habían tenido lugar desde el siglo anterior, para lograr una transformación del hábitat en coherencia con las transformaciones radicales que provocaron la industrialización y el consecuente cambio cultural.

La propuesta de una serie de parámetros que hicieran posible un hábitat realmente adaptado a las nuevas necesidades del habitante de la ciudad moderna, llevó al intento de establecer un orden que destacó la belleza y la poesía de la función, y todo ello promovió un nuevo impulso renovador que vivificó el arte de construir.

La Carta de 2003, sin embargo, surge en un entorno social e ideológico muy diferente, marcado, como ya se comentó en el apartado anterior, por el nuevo

42 *Ibid.* Punto Doctrinal 87.

contexto de comunicación y simbolización que hacen posible los medios de comunicación electrónicos.

La Nueva Carta de Atenas comparte con aquella de 1933 el deseo de impulsar un nuevo modelo de ciudad que responda a las necesidades de la nueva cultura (en nuestro caso la de la información), pero, a diferencia de la primera, estableciendo un diálogo fundamental y no sólo de compromiso con la historia y respetando los aspectos históricos, políticos, sociales y económicos de cada realidad local.

En ningún caso se trata de una preceptiva, como ya se señaló anteriormente, sino de una oferta desde los parámetros europeos (desde los que también partió la Carta de 1933) a la resolución de los problemas de las nuevas ciudades y de los nuevos modelos de ciudadanía: "(...) una de las contribuciones principales de Europa en el siglo XXI será el nuevo modelo de sus ciudades antiguas y modernas: ciudades que estarán verdaderamente conectadas, que serán innovadoras y productivas, creativas en la ciencia, cultura e ideas, aunque manteniendo condiciones de vida y trabajo decentes para su población; ciudades que conectarán el pasado con el futuro a través de un presente vital y vibrante."⁴³

A pesar del tono desiderativo, proyectivo y hasta un tanto propagandístico del texto, que hace rememorar el voluntarismo de los manifiestos de las primeras vanguardias, aquí se apunta a lo que es el núcleo de las propuestas de la Nueva Carta que es la de encauzar esa conectividad entre ciudades, que, por otro lado, es ya un hecho inevitable.

Es una realidad que en una cultura en red, donde se disuelve la diferencia entre centro y periferia, la articulación de los lugares también siguen esta lógica de la indeterminación. Las ciudades cada vez más pierden sus límites y su especificidad al diluirse en un continuo urbano posibilitado por redes de comunicación y transporte, capaces de conectar actividades que estaban dispersas, comunidades que permanecían lejanas, pero con un claro coste de degradación y fragmentación del espacio, de pérdida de identidad de ciudades y sociedades que llevan a la aparición de no-lugares.

Consciente de ello y de sus consecuencias, las propuestas que se presentan van encaminadas al establecimiento de unas formas de conexión que, respetando las diferencias culturales y la idiosincrasia de los lugares, establezcan un vínculo tanto a nivel espacial como temporal, tanto a nivel social como económico, que permita mantener el reconocimiento de la identidad junto a la conciencia de la pertenencia.

Esta conectividad se propondrá a varios niveles. Por un lado la conexión a nivel social, por otro a nivel económico y por último a nivel medioambiental.

⁴³ Nueva Carta de Atenas, 2003, parte A, punto 5 "La síntesis espacial", ap. *Un nuevo modelo para Europa*.

La conectividad social⁴⁴ apunta a la necesidad de hacer posible una ciudad para todos, abierta a la participación no sólo de los individuos sino también de las comunidades, y al intercambio entre generaciones y entre culturas, que harán posible una identidad ciudadana renovada resultante de la conservación del patrimonio cultural e histórico, en diálogo con otras realidades y tradiciones culturales.

Es evidente que en una sociedad multicultural y no igualitaria, no siempre es fácil establecer esta conexión, puesto que surgen conflictos tanto a la hora de establecer los derechos y deberes de los distintos grupos culturales, como de atajar las importantes disparidades económicas creadas por el sistema económico actual.

Es obvio que no es tarea de los urbanistas corregir los desequilibrios sociales, pero sí conectar con los intereses de la ciudad, proyectar pensando en una mayor accesibilidad de todos a los servicios básicos (educación, salud, vivienda, etc.), así como a los espacios de ocio e intercomunicación, utilizando creativamente las nuevas tecnologías que favorecen desde el intercambio de información a la movilidad y los transportes.

La conectividad económica⁴⁵, que tiene como objetivo la creación de empleo y el logro de la máxima competencia a niveles generales, ha de partir de la combinación de dos fuerzas principales: la globalización y la especialización (local o regional). En el primer caso se trataría de desarrollar actividades económicas que respondan a las demandas globales, en el segundo de desarrollar productos o servicios que tienen que ver con la idiosincrasia de cada lugar.

Y para optimizar los recursos de cada ciudad, éstas se integrarán en diversas redes ya sea para entrar en contacto con otras ciudades que tienen parecidas especialidades o que comparten intereses comunes, tanto desde el punto de vista económico como cultural, para desarrollar proyectos en común y aumentar su competitividad, ya sea para intercambiar bienes y servicios con aquellas que ofrecen una especialización diferente a la propia.

En cualquier caso estamos abocados a formar parte de una red de ciudades policéntrica, capaz de activar, hacer crecer y proyectar la competencia económica de las ciudades, sin anular sino más bien incentivar la especialización de cada una de ellas y el carácter peculiar de cada ciudad, resultante de una combinatoria de factores. “Los factores que afectan a las actividades económicas (el patrimonio cultural y natural, la existencia de mano de obra formada y con experiencia, el medio ambiente agradable, la situación estratégica y otros) se combinarán de diferentes formas en cada ciudad, lo que contribuirá a la diversidad urbana, y permitirá a cada ciudad determinar su propio equilibrio entre la prosperidad económica y la calidad de Vida”.⁴⁶

44 Vid. Nueva Carta de Atenas, 2003, parte A, punto 2 “La conectividad social”.

45 Vid. Nueva Carta de Atenas, 2003, parte A, punto 3 “La conectividad económica”.

46 Ibidem, ap. La diversidad económica.

La conectividad medioambiental⁴⁷ apunta a la necesaria relación de los seres humanos con el entorno natural como contexto de supervivencia. Se trata, por lo tanto, de subrayar la importancia de plantear ciudades sostenibles, que usen racionalmente sus recursos adecuándolos a sus necesidades reales y acudiendo, cada vez más, a fuentes de energías renovables y no contaminantes. Y no se trata sólo de economizar sino también de reciclar y reutilizar para que se constituyan ciudades saludables sin polución ni degradación.

El objetivo sería pues conseguir una ciudad que no se construya contra la naturaleza sino a favor de ella, minimizando el inevitable impacto medioambiental y favoreciendo la presencia de áreas naturales no sólo en torno a la ciudad sino en el corazón de las urbes.

No menos importante que la conservación del patrimonio cultural será la del patrimonio natural, conscientes de la degradación sufrida en los últimos tiempos debido a la contaminación de mares y océanos, de la tierra y el aire, provocada por la sobreexplotación de los recursos naturales. La reducción del consumo de energía, de los gases de efecto invernadero, el control del uso de la tierra, contribuirán a la protección de nuestro patrimonio natural.

Es decir, la Nueva Carta de Atenas, partiendo de las nuevas realidades a las que se enfrentan las sociedades contemporáneas, plantea, aunque de un modo general y bajo la forma de un discurso de buenas intenciones, los retos que supone la construcción de las ciudades del siglo XXI.

47 Vid. Nueva Carta de Atenas, 2003, parte A, punto 4 “Conectividad medioambiental”.